

HISTORIAS CERCANAS DEL PRIMER GOLPE

-FECHA- 04.02.2005
-SECCION- Política
-AUTOR- Laura Weffer

4F 1992. Historias cercanas del primer golpe Muchas de las vivencias experimentadas por los familiares de quienes participaron en la intentona militar del 4 de febrero de 1992 han quedado grabadas de manera indeleble en sus memorias. Y a pesar de que han transcurrido 13 años, hoy son capaces de recordarlas con claridad. La esposa de Yoel Acosta Chirinos; el hijo de Francisco Arias Cárdenas; la madre de Pedro Carreño y la primera dama para aquel entonces rememoran los momentos de desasosiego LAURA WEEFFER CIFUENTES

Nancy Coromoto Muñoz (esposa de Yoel Acosta Chirinos) "El día más triste relacionado con el 4 de febrero de 1992 no fue el 4 de febrero de 1992. Fue el día siguiente, cuando estaba viendo televisión y había una plenaria en el Congreso de la República. Ese día, el senador David Morales Bello estaba pidiendo pena de muerte para los golpistas. Yo me llené de impotencia, porque la gente parecía no entender. Ellos -los comandantes que dirigieron la asonada- usaron los medios que pudieron para seguir sus ideales. En ese momento, muchas cosas se me vinieron a la cabeza". Y es que Nancy Coromoto Muñoz no sólo debía pensar en la suerte de su esposo, Yoel Acosta Chirinos, también tenía en mente a sus tres hijos; el más pequeño con apenas nueve meses de edad en ese momento. "Yo sí sabía lo que ellos iban a hacer; pero igual me sorprendió porque adelantaron la fecha. Creo que esos días no los olvidaré nunca", señala la docente, que aún vive en Mérida. "Eran como las 3:00 de la mañana, yo estaba durmiendo, hasta que una llamada me despertó. Después de que me dieran la noticia ya más nunca me separé del

teléfono. Veía la televisión y aparecían todos, sólo faltaba Yoel. Esa noche, con tanta incertidumbre, lo que hice fue llorar y muchas veces me imaginé lo peor". Sólo fue hasta las 4:00 de la tarde, cuando un amigo le confirmó que su esposo estaba vivo. Eso disminuyó la presión que sentía; sin embargo aún quedaban muchas preguntas por responder. Luego de transcurridas algunas horas, decidió partir hacia Maracay para buscar las cosas que aún quedaban en la brigada. Después de una negociación, que duró cierto tiempo, finalmente se las entregaron y a duras penas las metieron en la maleta del vehículo. Todo el recorrido hasta Caracas estuvo impregnado de tensión. Temían que los detuvieran y les preguntaran sobre las prendas militares que llevaban en el carro. Apenas llegaron a la capital, se instalaron en la Dirección de Inteligencia de Militar, lugar donde estaba detenido su esposo. Antes del reencuentro, les ofrecieron orientación psicológica. "Cuando entré y lo vi no me puse a llorar, sabía que tenía que darle fuerzas. Lo primero que me dijo fue 'hola, estoy bien'. Pero yo sabía que no estaba bien. No era el militar que conocía, no tenía trenzas en las botas ni cinturón. Además, sabía que estaba mal por los soldados que habían muerto de su regimiento". Muñoz está consciente de que esa idea nunca lo ha abandonado. De hecho, asegura que Acosta no la ha superado. "Cuando lo vi, lo abracé y le dije que no se preocupara". Después del alivio inicial, vinieron los viajes, las visitas a Caracas todos los fines de semana. Preparar la comida que llevaba al cuartel. "Ahora no puedo ni oler el pollo asado, porque me acuerdo de esa época". Además, debía afrontar los problemas que sus hijos pudieran tener, "sobre todo cuando sintieron la ausencia de su papá". Católica convencida, se entregó a la oración. Y poco a poco bandeó cada una de las situaciones que se le presentaron. Hoy afirma convencida que siempre respetó los ideales de su esposo y que no guarda resentimiento alguno. "Yo le doy gracias a Dios de

estar vivos y sé que hay que seguir caminando, a ver si nos envía esa luz". Sobre la situación actual opina que las premisas por las cuales lucharon en ese momento han sido alcanzadas parcialmente. "Mucha gente murió por esa causa y por eso hay que seguir luchando". Hace tiempo que no tiene contacto con Hugo Chávez, pero no pierde la esperanza de encontrarse con él algún día "para poder decirle algunas cositas". Jesús Arias (hijo de Francisco Arias Cárdenas) Aún resuenan en la cabeza de Jesús Arias las palabras que uno de sus tíos utilizó para despertarlo la madrugada del 4 de febrero de 1992. "A tu papá le salen como mínimo 30 años de cárcel", le dijo al tiempo que lo metía en un Jeep y lo trasladaba hasta la casa de su abuela en Ciudad Ojeda, único familiar que les abrió las puertas en aquellos momentos de tensión máxima que siguieron a la intentona golpista. "Yo tenía 12 años y no sabía ni entendía nada. Además, no dejaba de temblar. Recuerdo que nos fue a buscar un sargento -a mi mamá, a mi hermana y a mí- y como vivíamos en una residencia militar, nos sacaron de allí esa misma noche". A partir de ese momento, son retazos de imágenes los que guarda el hoy abogado de 25 años de edad. "Me acuerdo que durante 10 días no supimos si mi papá (Francisco Arias Cárdenas) estaba vivo o muerto. Mi mamá trataba de mantenernos al margen, pero igual podíamos sentir lo que ocurría. La primera pista la tuvimos cuando un amigo del Ejército nos llamó y nos informó que aparentemente mi papá estaba con vida". Luego, transcurrieron 120 horas para que finalmente supieran que el ex gobernador de Zulia estaba detenido en la Dirección de Inteligencia Militar, en Caracas. A partir de ese momento, toda la vida familiar se centró alrededor de los fines de semana. Durante algo más de tres años, religiosamente, el trío se trasladaba hasta Caracas y allí visitaban al comandante, primero en el Cuartel San Carlos y luego en la prisión de Yare. Ya desde el jueves en la noche comenzaban los preparativos. Madre y esposa,

Gladys Fuenmayor se quedaba hasta tarde preparando la cava con la comida que llevaría. Solamente alimentos perecederos, que no se echaran a perder con el tiempo. El viernes, después de terminar de dar clases, a las 5:00 de la tarde, tomaban el autobús que los trasladaba hasta la capital. "Una de las cosas que recuerdo es que entendí que hay diferentes maneras de estar preso. Ya de pequeño me di cuenta que no todos los que estaban en la cárcel eran malos". De aquellos viajes, guarda con especial cariño aquella ocasión en que su padre, escondiéndolo de los guardias del presidio, logró "embojotarlo" en unas sábanas y hacer que pasara la noche con él y sus compañeros. "Cuál no sería mi sorpresa al abrir los ojos y encontrarme con mi padre a mi lado". Pero algunas de las experiencias no son tan idílicas. Jesús Arias estudiaba en un colegio de clase media-alta. Allí, unos niños de su edad lo criticaban e incluso llegaban a decirle: "Tu papá es un asesino". Pero asegura que no era la regla; que como niños, olvidaban rápido estos comentarios auspiciado por algunos padres. A veces, aunque no con frecuencia, algún conocido les preguntaba cómo trataban a su padre. Y fue sólo con el tiempo que se dio cuenta que simplemente podía responder de una manera. "A mi papá lo trataban como a un preso". Otro momento que evoca con desagrado es cuando visitaban Yare y tenían que caminar por los recovecos de esa cárcel ubicada en los Valles del Tuy. "Mi mamá nos tapaba los ojos, pero igual podíamos ver la sangre en los pasillos". Hoy puede analizar los hechos desde otra perspectiva. Hasta cierto punto aprendió a esperar. Entendió que los resultados de los procesos no tienen que ser inmediatos, que pueden tomar un tiempo. En cuanto a los muertos que cayeron ese día, Arias comenta que pocas veces trae ese tema a colación. "Uno trataba de no hablar de la tragedia. Ahora entiendo que fue un proceso, que no es necesario, pero sí ocurre cuando se dan cambios. Además, visto desde un punto de vista muy personal en la guarnición del Zulia -punto

que comandaba Arias Cárdenas- fue el único en el que no hubo fallecidos". Actualmente Jesús Arias es jefe civil de la parroquia Chiquinquirá; está casado y apoya al actual gobierno. Quizás tenga que ver con el hecho de que el presidente Hugo Chávez le enseñó a jugar béisbol, en caimaneras que montaban en los patios de las cárceles. "Ahora siempre tengo en cuenta que las cosas ocurren por un motivo y es finalmente la historia, la única que juzga las situaciones". Blanca Rodríguez (ex esposa del entonces presidente, Carlos Andrés Pérez) "El ataque. Las bombas. Las ametralladoras. Eso es lo que más recuerdo del 4 de febrero de 1992". El testimonio de Blanca Rodríguez es desde adentro. Ella estaba en la residencia oficial de La Casona, hablando con varias amigas y primas, cuando llegó el primer mandatario de aquel entonces, Carlos Andrés Pérez, y le dijo que se iba a recostar porque no se sentía bien. Les comentó que había muchos rumores. Las mujeres, siguieron con su charla, ajenas a lo que ocurría extra muros. "Como a las 12:00 de la noche llamó el ministro de la Defensa, el general Fernando Ochoa Antich, y pidió hablar con Pérez. Lo atendió mi hija Carolina por el teléfono privado. Dígame que es urgente, le urgió el ministro". Después de que trancaron, el primer mandatario les comentó que había varios cuarteles alzados, pero a la vez trató de tranquilizarlas. Acto seguido salió hasta la puerta acompañado de su hija y les informó que se iba para Miraflores. "Fue como a las 12:15 am que empezaron a atacarnos, cuando ya Pérez se había ido. Recuerdo que fueron bastantes muertos, soldados que estaban allí". Luego, llegó el encargado de seguridad de La Casona y le pidió instrucciones a la primera dama. La respuesta fue contundente: "Usted debe cuidar, porque es el comandante". Él salió y las mujeres se quedaron en la residencia; se fueron a las habitaciones, la zona más segura para ese momento. "Lo primero que hice fue sacar a mis dos nietos y los metí en el vestier. Ellos estaban muy nerviosos y preguntaban qué era lo

que sonaba, nosotros les dijimos que eran triquitraques. Después, yo me puse a caminar por los pasillos para ver si nos estaban cuidando". Constantemente recibían llamadas de Pérez desde el Palacio; estaba preocupado por el destino de su familia. Además, les aseguraban que pronto llegarían refuerzos militares, pero eran sólo promesas. Lo que ocurría es que La Carlota estaba tomada. Incluso, en algún momento, el comandante a cargo le ofreció a Blanca Rodríguez un tanque para que pudiera irse. "Yo siempre le dije que no, que no podía dejar a mi familia ni a la gente que trabajaba en la casa". Ya entrada la madrugada, uno de los que estaban al mando del ataque pidió una tregua. Y se la dieron. Inmediatamente empezaron a llegar a la residencia presidencial numerosos heridos y los pusieron, como podían, en unas escaleras. "Por casualidad había un médico que visitaba a una gente en administración. En ese momento vi salir a los heridos, mucho muchacho joven". La ex primera dama cuenta como uno de los militares que tenía dolor, le tomó la mano y le aseguró que si su mamá hubiera estado allí, le habría preguntado que qué hacía. "Y entonces me dijo que no sabía, que los habían llevado engañados". En total, fueron cinco las bombas lanzadas y ninguna de ellas se activó en el momento. Fue al siguiente día, cuando llegaron los cuerpos de seguridad, que las detonaron y comprobaron que todas estaban en perfecto estado. "Por eso yo siempre repito, que Dios, la Virgen y los ángeles, nos protejan". También recuerda como una de sus hermanas -que murió en diciembre pasado- se puso a rezar frente a un altar que estaba en el dormitorio. "Incluso, una de las bombas cayó en la capilla que queda al lado de la habitación". Por supuesto, esa noche nadie durmió. Y fue sólo al día siguiente, justo cuando iban a desactivar las bombas, que llegó de nuevo Pérez. "Lo primero que me preguntó fue cómo estábamos y yo a él. Al rato, volvió a Miraflores y nosotros nos quedamos en la casa, tranquilos". Después de esos

días no hubo pesadillas, aunque el temor permaneció por un tiempo. "Son momentos que se le presentan a uno y hay que enfrentarlos con valentía. Claro, que cuando uno piensa en eso se angustia. Pero la verdad, es que hoy no resiento nada". Olga de Carreño (madre de Pedro y Hermes Carreño) Apenada, se disculpa porque no es mucho el detalle que puede recordar de esos días. Sin embargo, una vez que empieza a hablar es capaz de recrear todos los sentimientos que la embargaron. Especialmente, la preocupación. "Yo normalmente tengo dominio de mí misma, pero cuando no supe nada de ellos, entonces fue angustia lo que me dio". Y es que en el caso de esta mujer de 72 años, el desasosiego era doble, pues eran dos hijos los que estaban involucrados en la intentona del 4 de febrero: Pedro y Hermes. El primero, es ahora el vicepresidente de la Asamblea Nacional y sólo intervino en la planeación del golpe. El segundo actualmente pertenece a Casa Militar y su participación en la intentona fue activa. "Al principio yo no sabía nada. Me llamaron para que prendiera la televisión; vi que estaban dando un golpe, pero nunca me imaginé que mis hijos pudieran estar en eso. Tranquila, seguí haciendo mis oficios. Luego fue que comencé a sospechar. Llamamos al destacamento de Hermes en Maracay y aunque estaba de guardia nos dijeron que no se había presentado. Luego llamé a Pedro, que estaba en Barinas, y me dijo que me tranquilizara, que ya algunos amigos se estaban movilizand para averiguar la suerte de su hermano". Así pasaron las horas, primero una llamada para asegurarle que su hijo no estaba entre los muertos. Luego, para informarle que estaba detenido. "Sentí esperanza, porque por lo menos sabía que Hermes estaba vivo". A partir de allí comenzó el peregrinaje. Todos los martes se trasladaban hasta Caracas y el miércoles los visitaban en la cárcel. "Les llevábamos comida, sus helados, sus hamburguesas; las cosas que a él le gustan". En total, estuvo detenido durante 35 días. "Yo le respeté su decisión y

nunca nadie lo regañó, ni siquiera sus hermanos -son 11-. Ahora entiendo, era algo que tenía que suceder".